

# FIN DE AÑO EN LA TIERRA DE NUNCA JAMÁS

Esa impresión me dio. En la resignación con que los que allí quedan decían: "Cada año hay menos".

¿Cómo nos gusta recordar épocas pasadas! Llenamos páginas con ello. La supuesta gloria de un pueblo con vida, bullicioso, lleno de gente con quien hablar. El pueblo al que los ausentes ansiaban volver.

La Tierra del Nunca Jamás. Porque nunca jamás volverá a ser igual. Ya no queda apenas gente que viva en él permanentemente. Y tampoco los que se fueron tienen excesivas ganas de volver. No podemos culparles. Un pueblo sin trabajo no puede retener a su gente. Y cuando estás fuera descubres que se hacen otros amigos, que los hijos crecen, estudian, encuentran amigos, pareja y trabajo, tienen hijos,... en fin, que la vida sigue también fuera de Maranchón.

¿Volver a un pueblo vacío?...Sólo si el tiempo es bueno y apetece un día de campo, o hay setas,...o no hay nada mejor que hacer.

Los jóvenes quieren conocer mundo, viajan, estudian fuera, encuentran trabajo,...Los mayores se quedan con ese hijo que ha suspendido o trabaja, o no quiere ir al pueblo porque se aburre, para no dejarles solos. La pereza de hacer el equipaje y abrir la casa fría por un par de días. La carretera es peligrosa, decimos cada vez con más frecuencia. La comodidad nos va ganando y preferimos quedarnos

Nunca jamás será lo mismo. Aceptémoslo.

No obstante, siempre hay una esperanza. La esperanza de que nuestro pueblo no desaparezca. Que quede al menos un núcleo de personas estable durante todo el año que permita que siga funcionando como municipio, disfrutando de los servicios que tiene. La



esperanza de que gente joven ocupe el lugar de los que nos van dejando, trabajando, abriendo casas. Quizás el asunto de los molinos pueda crear algo de empleo si finalmente llega a realizarse. La esperanza egoísta de los que vivimos fuera de seguir teniéndolo como refugio esas pocas veces que vamos.

El 1 de enero nacía una nueva moneda, entre risas y bromas. Y entre bromas y risas, Carlos y Elena estaban esperando el nacimiento de su nuevo hijo, ya fuera de cuentas. Dos ecuatorianos, como algunos más, afincados en el pueblo desde hace tiempo y que ojalá se queden. Porque ellos están contribuyendo, junto a todos los venidos de fuera, a mantener el pueblo abierto, a mantener la esperanza de no ver nunca colgado el cartel de Pueblo Cerrado por Defunción. **Pascual ■**